

punto (1). No sabemos lo que respondió la Audiencia. Podemos presumir que si consultó a los jesuitas, no acogerían estos el nuevo proyecto. Ya sabían lo que en América solían ser los corregidores y otros empleados subalternos. En teoría debieran hacer bien a los indios; pero en la práctica serían unas sanguijuelas que chuparían a más y mejor los bienes almacenados para el provecho común de los pueblos. Esto en la hipótesis más favorable.

Debieron llegar al Consejo de Indias buenos informes sobre los peligros de este proyecto. Podemos creer que nuestros procuradores de Madrid harían sus esfuerzos para anular tal pensamiento, e indudablemente hubo alguna conmoción de mal género entre nuestros indios, cuando llegaron a vislumbrar el nuevo gobierno que les querían imponer. Observando el mal aspecto que presentaba el negocio, recogieron velas los señores del Consejo de Indias y permitieron que las cosas continuasen como antes. El 28 de Junio de 1716 despachó Felipe V una cédula real al gobernador de Buenos Aires, en la cual se dice que habiéndose perturbado algo los indios reducidos, por haber oído que les quieren imponer corregidores españoles y aumentar el tributo que pagan; Su Majestad, después de considerar todo lo que le han expuesto, dice así: «Me he resuelto ordenar y mandar, como lo hago en despacho de la fecha de éste a dicha Audiencia de Charcas, que no permita por ningún caso ni acontecimiento se innove alguna cosa que mire al gobierno que hasta aquí han tenido dichos indios y tributo que me pagan, sino que corran en la misma forma y manera en que lo han hecho hasta aquí, sin diferencia alguna, de que he querido preveniros, para que os halléis con noticia y dispongáis se publique entre los indios» (2). Con esta decisión de nuestro Rey desistióse por entonces de imponer a nuestros indios autoridades españolas.

6. No se contentaron los jesuitas con instruir en la fe y mantener en la práctica de la vida cristiana a los pueblos ya convertidos. En torno de aquellas reducciones, que podían considerarse como conquistas aseguradas para la fe, vivían innumerables tribus de salvajes que vagaban entre bosques impenetrables, y de vez en cuando se acercaban a las poblaciones cristianas para

(1) Archivo de Indias, 122-3 6.

(2) Buenos Aires. Arch. gen. de la nación. *Jesuitas*, 4.

perturbar la paz de nuestros neófitos. A todos estos infieles se extendía la mirada de los jesuitas y en cuanto alcanzaban sus fuerzas tendían una mano misericordiosa, para sacar de la infidelidad a tantos desventurados. En 1705 el P. Francisco Burges, Procurador enviado por la provincia del Paraguay, presentaba en el Consejo de Indias un memorial para pedir el socorro de nuevos operarios apostólicos. Después de indicar las reducciones ya establecidas y los vastísimos territorios a que se dilataba el celo de los jesuitas del Paraguay, enumera las naciones de infieles que hasta entonces se habían descubierto en torno de las poblaciones cristianas. No cansaremos al lector repitiendo la letanía de tantos nombres propios tan extraños a nuestros oídos. Nos contentaremos con advertir que llegan a 48 las naciones salvajes enumeradas por el P. Burges, a las cuales hay esperanzas de convertir, si desde Europa se suministran los misioneros que se requieren.

Entretanto los operarios del Paraguay hacían buenamente lo que podían desde sus reducciones, para conquistar espiritualmente a los indios que asomaban en las cercanías. Fué muy señalado por sus excursiones apostólicas a principios del siglo XVIII el P. Lucas Caballero. Habíanle señalado nuestros superiores por cura propio de la reducción de San Francisco Javier, la más septentrional de las de Chiquitos. Ya en 1705 hizo una pequeña excursión a varias tribus vecinas. En 1706 penetró en varios pueblos de Mañacicas y de algunos otros salvajes cercanos a ellos. Si no tuvo la dicha de convertirlos a la fe, por lo menos logró la ventaja de ganarles la voluntad y de establecer relaciones amistosas con ellos. A mediados de 1707 dispuso una expedición apostólica más importante, cuya relación escribió él mismo (1). Juntando un grupo de unos 30 indios Chiquitos muy fervorosos y dispuestos a compartir sus fatigas, salió de San Javier el día 4 de Agosto de 1707.

Ante todo visitó a los Sibacas, a quienes había conocido el año anterior. Recibióle muy bien; pero halló una grave difi-

(1) Consérvase este escrito en Buenos Aires, Bibl. nac. Mss. n. 6.013 y se titula: *Diario y cuarta relación de la cuarta misión hecha en la nación de los Mañacicas y en la nación de los Paunacas, año de 1707, con noticia de los pueblos de las dos naciones, y dase de paso noticia de otras naciones*. Son veinticinco páginas y van dedicadas, como allí se dice, a mis comisioneros de los Chiquitos.

cultad para convertirlos en cierta enemistad que habían concedido contra otros indios vecinos, llamados Guiritucas, de donde resultaba un continuo desasosiego y frecuentes homicidios por una y otra parte. El P. Caballero procuró hacer las paces entre ambas tribus, levantó una cruz en el pueblo de los Sibacas, y reuniendo a los indios, les enseñó brevemente los principales misterios de la fe. Fué oído con atención el misionero, aunque no fuese por entonces completa la conversión de aquellos salvajes. Sin embargo, se consoló el Padre al observar la curación de algunos enfermos, que él atribuyó a la intercesión de María Santísima. Aun asegura que se apareció la Madre de Dios a un pobre indio enfermo que la invocaba con humildad.

De allí pasó a los Yurucares. «Entré en el pueblo, dice el mismo Padre, a pie, con mi cruz en la mano, siguiéndome cerca algunos muchachos muy fervorosos.» La primera impresión que causó esta entrada fué cierta sorpresa y alboroto de los gentiles. Era común en todas las tribus salvajes recelarse mucho de todo europeo que se presentase entre ellos. El P. Caballero hubo de emplear el primer día en sosegar a los indios con sus palabras y donceillos y darles a entender que sólo deseaba hacer bien a todos. «Al día siguiente, prosigue el Padre, mandé levantar una cruz en medio de la plaza, y por la tarde se juntó en ella todo el pueblo, las mujeres aparte y los hombres aparte, en sus asientos en forma de circo y los muchachos en medio. Yo, en pie al pie de la cruz, les hice una plática de los misterios y excelencias de Nuestro Señor Jesucristo, refutando a sus dioses, descubriendo sus mentiras y engaños, y aquí en público convencí a un Mapono [sacerdote gentil] principal y ya viejo, que al principio se me hacía el desentendido. Estaba todo el pueblo oyéndome con notable atención y gusto, especialmente cuando trataba de la creación del mundo, caída de los ángeles y su castigo en el fuego eterno del infierno por haber sido rebeldes a Dios, porque en este punto hacen concepto de la falsedad de sus dioses. Acababa cantando con mis muchachos cristianos las coplas que dije arriba, que era otro segundo sermón y gustaban mucho de ellas los infieles. Al otro día proseguí en explicarles los misterios de nuestra santa fe, oyéndome todos con mucho gusto. Trajéronme los párvulos para que los bautizase, en que tuve bien que hacer dos tardes. Al fin mandé, para desterrar del todo los demonios, me trajesen de los templos que eran cuatro las esteras que les ser-

vían de velos, detrás de los cuales dan sus oráculos, los vasos en que beben dichos dioses y otros trastos, y haciendo una hoguera en medio de la plaza, cerca de la cruz, los arrojé en ella.»

Dejando bien instruídos a los Yurucares, pasó el P. Caballero a los Quiriquicas. En peligro estuvo de que estos indios le flechasen, porque algunos hechiceros difundieron la voz de que el Padre con sus neófitos les llevaba ciertas epidemias. No sin fatiga pudo el misionero apaciguar los ánimos y enseñarles algo de los misterios de la fe. La misma operación fué haciendo con otras tribus salvajes que él mismo enumera en su relación. Por regla general solía escoger en cada pueblo algunos niños que le introdujesen en el pueblo siguiente y precediéndole diesen a los indios buenas noticias del Padre que les quería visitar. En varios pueblos se encontró con aquella absurda prevención de que su trato introducía epidemias. En algunos estuvo en peligro su vida por la refinada maldad de los Maponos o hechiceros que incitaban a los indios a acabar con el Padre y con todos los que le acompañaban. Con más o menos trabajo lograba el misionero por lo regular estas ventajas; predicarles la fe, enseñándoles los artículos más elementales de ella, levantar una cruz en medio del pueblo, bautizar a los niños y consolar a los enfermos, con los cuales hizo Dios tal vez algunos prodigios que tenían visos de milagros. Después de una excursión muy provechosa de algunos meses, volvió el P. Caballero a su reducción de San Javier.

Otro tanto intentaban al mismo tiempo otros Padres en las regiones a que se extendía la vasta gobernación del Tucumán. Sin embargo la situación difícil en que se veía por entonces esta gobernación, impedía no poco la acción de los misioneros. Fuese por el descuido de los capitanes españoles, fuese por la corteza de fuerzas que tenían a sus órdenes; lo cierto es que los indios circunvecinos se atrevían a hacer irrupciones en los territorios ocupados por nuestras tropas o por los indios cristianos. Daban cuidado principalmente algunas tribus que venían de las inmensas regiones del Chaco, donde apenas tenían asiento fijo los españoles, aunque lo hubieran atravesado muchas veces. En aquellas inmensas planicies, que se extienden desde las tierras de Salta y Tucumán hasta el río Paraguay, corrían libremente diversas tribus de indios no muy conocidos, que de repente caían sobre los pueblos cristianos, robaban cuanto podían y luego des-

aparecían en los bosques. Esta multitud de salvajes que como moscas revoloteaban en torno de las tierras del Tucumán, hacían algo apurada la situación de los españoles en aquellos países.

El año 1708 fué nombrado Gobernador de Tucumán D. Esteban de Urizar, caballero vascongado de grandes alientos. Llegado a Salta e informado de la situación de las cosas, juzgó que era necesario dar algunos golpes enérgicos contra aquellas bandas de salvajes que infestaban nuestros territorios. Comunicó su pensamiento con el Virrey del Perú, Marqués de Castel Dosrius, y habiendo obtenido su plena aprobación, se dispuso para salir a campaña. En 1709 pidió al P. Antonio Garriga, que ya había empezado la visita de la provincia del Paraguay, algunos misioneros que acompañasen a las tropas. Fuéronle concedidos los Padres Francisco de Guevara, Baltasar de Tejada, Antonio Machoni y Joaquín de Yegros. Pudo reunir no sin trabajo de todas las villas de su gobernación hasta 700 españoles, a los cuales se añadieron algunos centenares de indios que se le enviaron desde la Asunción, de Corrientes y de Santa Fe. Dividido este ejército en varias divisiones penetró hacia el Oriente en las regiones del Chaco. Sobre todo trataba D. Esteban de castigar a los Tobas, Mataguayos y Mocobíes, que se habían distinguido por su insolencia en invadir los pueblos cristianos. Continuóse cerca de dos años una campaña, que pudiéramos llamar de guerrillas, en aquellos bosques que ofrecían el principal estorbo a nuestros soldados. No hubo propiamente batallas. Los indios huían a la vista de los españoles y se internaban en rincones impenetrables a los europeos. Empero nuestras tropas se apoderaban de los pueblos abandonados y recogían algunos despojos de los fugitivos, los cuales no dejaban de padecer, viéndose obligados a desamparar sus habituales viviendas.

Muchas de estas tribus se sometieron de grado o por fuerza a los españoles. D. Esteban de Urizar procuraba por medio de los jesuitas facilitar la paz con aquellos salvajes, y una de las primeras condiciones que les imponía era que recibiesen a los misioneros en su país. También se consiguió que algunas de estas tribus, como los Lules, los Mocobíes y los Malbalas, se estableciesen en sitios determinados y viviesen en paz y concordia con los españoles. Bien veían estos que la concordia de aquellos salvajes no era mucho de fiar y que sólo se sometían por no poder resistir; pero de todos modos con más o menos voluntad se logró consoli-

dar algún género de avenencia con varias tribus más conocidas de las que habitaban el Chaco.

Mientras de este modo el Gobernador de Tucumán, secundado por los jesuitas, pacificaba las regiones orientales de su gobernación, allá al Norte derramaba su sangre por Cristo el antes mencionado P. Lucas Caballero. Siguiendo la práctica que había entablado desde 1705, salía de tiempo en tiempo de San Javier y hacía excursiones más o menos largas a las tribus de salvajes que aparecían en los contornos. El año 1709, después de haber anunciado con éxito feliz el Evangelio a varios pueblos, llegó a unos indios llamados Puizocas. Hiciéronle estos buen acogimiento y todo el día estuvo tratando con ellos con muestras de amistosa afabilidad. Desgraciadamente todo era hipocresía y aquellos pérfidos salvajes estaban ocultamente disponiendo la muerte del jesuita y de todos los indios cristianos que le habían acompañado. Después de un día de fatigas apostólicas, retiróse el P. Caballero a la entrada de la noche y apartado de todos los indios empezó a rezar el breviario. Al poco rato sintió a lo lejos grandes clamores y ruido que anunciaba alguna batalla. Luego llegaron despavoridos algunos de sus indios y le anunciaron que los Puizocas empezaban a degollar sin compasión a los cristianos que cogían. Pidieron al Padre que huyese a toda prisa para ponerse en salvo, y uno de ellos más resuelto tomó al Padre sobre sus hombros y empezaron todos a huir por el bosque. Mientras se esforzaban por huir de la vista del enemigo, una flecha alcanzó al Padre y se le hincó en la espalda. Sintiendo herido, puso pie en tierra y mandó a sus compañeros que se pusiesen en salvo. El tomó su crucifijo en las manos y esperó tranquilamente su última hora. Llegaron los Puizocas y a golpes de macana quitaron la vida al siervo de Dios.

Merecen referirse las palabras con que el P. Bartolomé Jiménez, Superior de las misiones y después Procurador enviado a Madrid, exponía este suceso en un memorial presentado al Consejo de Indias. «Los apostólicos misioneros, dice, con increíble fervor e intrepidez, se meten en los mayores peligros, por conseguir la conversión de los indios a nuestra santa fe, deseando sacrificar sus vidas en tan gloriosa empresa, como lo han conseguido algunos que murieron a fuerza de los excesivos trabajos, y últimamente el P. Lucas Caballero, que el año de 1709 padeció glorioso martirio, asaeteado de los infieles, con otros 12 indios

cristianos que iban en su compañía, sin más causa que el odio a nuestra santa fe y doctrina evangélica que el mismo día el venerable mártir les había predicado, obrando su sangre vertida y la de sus compañeros en los matadores y otros muchísimos infieles, tal compunción y deseo de convertirse, que dentro de pocos meses llegaron a la reducción más cercana al paraje donde fué el martirio, pidiendo les instruyesen en nuestra santa fe, para ser bautizados y hacerse cristianos, llenando a aquellos misioneros de esperanzas de que aquella misión en breve llegaría a ser de las más gloriosas de aquella parte de América, según escribió el Superior de ella, P. Felipe Suárez» (1).

Continuáronse los conatos de convertir a los indios que por uno y otro lado pacificaba con las armas D. Esteban de Urizar; pero no dejó de repetirse el caso del P. Caballero. En 1718 fueron sacrificados por los indios Zamucos, el H. Alberto Romero, coadjutor, socio habitual del P. Yegros y un grupo de 12 indios Chiquitos que le acompañaban y se habían adelantado para convidar a los Zamucos a que recibiesen de paz al mismo Padre. En el mismo año 1718 perdió la provincia del Paraguay dos excelentes misioneros, asesinados por los Payaguas. El P. José Francisco de Arce, muy conocido ya desde fines del siglo XVII, y el joven P. Bartolomé Blende, flamenco, que había empezado su carrera apostólica pocos años antes, hicieron varias diligencias en medio de sus excursiones apostólicas, para descubrir un camino directo desde las reducciones del Paraguay hasta las tierras de los Chiquitos. Mientras navegaban por el río Paraguay, en cierta ocasión en que se hallaban detenidos, cayó sobre ellos una banda de crueles Payaguas que les asesinaron sin piedad junto con algunos neófitos que iban en su compañía. Así escribe el Padre Patricio Fernández en *su relación historial*. Según otra versión, los indios mataron primero al P. Arce y conservaron cautivo por algunos meses al P. Blende. Mas como éste les aconsejase en cierta ocasión el abandonar ciertos vicios y excesos que cometían, los salvajes no pudiendo sufrir la reprensión del misionero, le dieron también la muerte.

Tal era la situación de la Compañía en la provincia del Paraguay al fin de la época que comprendemos en este capítulo. Va-

(1) Archivo de Indias, 76-5-7. Memorial al Rey presentado en el Consejo de Indias el 12 de Octubre de 1715.

mos a resumir una discreta carta del valiente Gobernador del Tucumán, D. Esteban de Urizar, dirigida a Su Majestad, para pedir socorro de nuevos misioneros. En aquellos países los religiosos de la Compañía atienden con mucho fervor, según su sagrado Instituto, a la conversión de los infieles y a la instrucción de los ya convertidos. Son unos 70 los sacerdotes que sostienen los 30 doctrinas del Paraná y del Uruguay. En la nueva misión de los Chiquitos trabajan 16 Padres y tienen ya cinco pueblos sólidamente establecidos. Dos jesuitas se aplican a la conversión de los Chiriguanes y otros dos residen en una reducción llamada de Miraflores que se ha establecido en el Chaco. Además de estos misioneros, que son como habituales y nunca se interrumpen, se ejercitan los religiosos de la Compañía en salir de dos en dos para dar misión por los distritos de las ciudades españolas. Estos distritos son muy extensos, pues hay haciendas de campo y pueblos de indios que distan 40 y 50 leguas de la ciudad. En esos pueblos y haciendas no hay más instrucción y asistencia espiritual que la que reciben de los misioneros, pues el clero escasea en aquellos países y nadie toma la molestia de enseñar la doctrina a gentes tan apartadas en aquellos campos. En la última epidemia llegaron a morir 40 religiosos de la Compañía y recientemente cuatro consiguieron la palma del martirio. Por esto suplica a S. M. se digne socorrer con nuevos operarios evangélicos a los que trabajan tan fructuosamente en las regiones de América (1). No menciona D. Esteban los trabajos de los Nuestros en la enseñanza de los españoles. Pero bien saben recordarlo el cabildo y sede vacante de Buenos Aires, que en carta a S. M. hacían presente lo mucho que debían aquellos países a la doctrina y enseñanza de los jesuitas (2). Realmente hacían éstos todo lo que se podía hacer por la gloria de Dios, atendidas las circunstancias del tiempo y las fuerzas de que podían disponer.

(1) Archivo de Indias, 76-5-9. Urizar al Rey. Salta, 29 Agosto 1719.

(2) *Ibid.*, 76-5-7. El Cabildo al Rey, 20 Abril 1713.